

La iglesia de San Pedro en Durazno

Carlos Martí

La iglesia de San Pedro en Durazno constituye un episodio singular en la obra de Dieste. No encontramos en ella ni bóvedas ni paredes alabeadas, ni siquiera una sola línea o superficie curva: tan sólo grandes planos de ladrillo que, al plegarse y reflejar la luz con diversa intensidad, van modelando el espacio interior. Dieste maneja aquí únicamente esos dos elementos: el ladrillo y la luz. Y rara vez con tan poco se ha logrado tanto.

La luz penetra en el interior del templo por cuatro aberturas distintas: dos grandes ventanales dispuestos en el eje longitudinal del edificio—el rosetón de la fachada que se abre al atrio y el claristorio pentagonal que se asoma sobre el espacio del presbiterio— y dos finas rasgaduras horizontales que definen la coronación de las paredes de la nave central e iluminan el intradós de la cubierta. Mediante esas ranuras o líneas de luz, el plano del techo se recorta y se separa de las paredes y el volumen de la cubierta se muestra como una masa ingrávida suspendida en el aire.

La honda impresión que el espectador recibe al entrar en la iglesia de Durazno no proviene de la grandiosidad del espacio ni de la riqueza de los materiales ni de la complejidad de la forma, sino del modo en que la luz, a pesar de su inmaterialidad, se convierte ella misma en arquitectura.

Dieste domestica la luz con total maestría y le encomienda la misión de

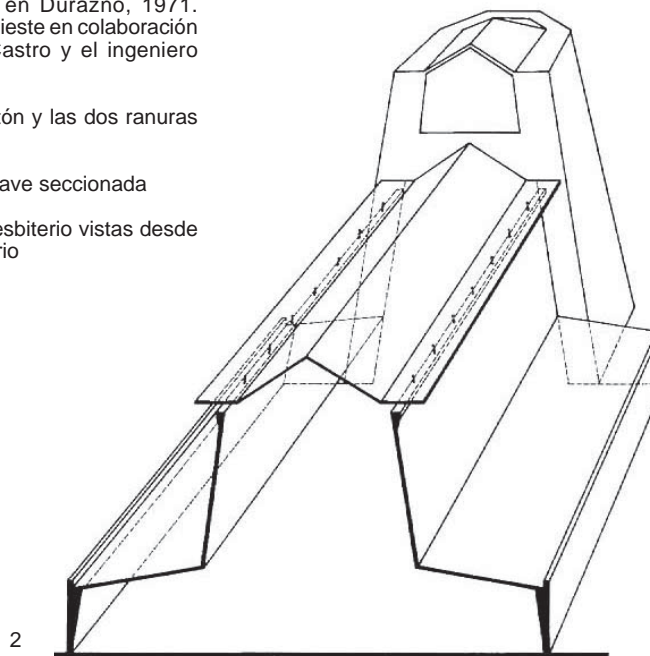
expresar el sentido trascendente que encierra la construcción del templo. Pero esa luz posee muy diversas entonaciones y en ese juego de variaciones y contrastes está la clave del proyecto. La luz que penetrando por el rosetón y por las ranuras laterales, resbala dulcemente por las paredes y techos de la nave central, proviene de focos bien visibles y reconocibles. Por el contrario, la luz intensa y cálida que inunda el espacio del presbiterio proviene de un foco que está oculto a la vista y del cual no se conoce la posición ni la forma sino tan sólo el efecto.

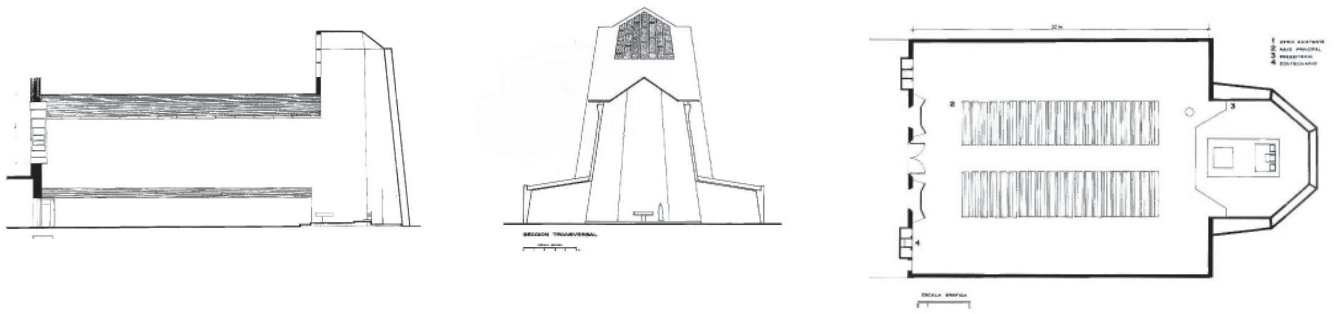
La gradación de la luz modela y articula el espacio, a la vez que le otorga dinamismo y profundidad. En las naves laterales, bajas y cavernosas, reina una densa penumbra próxima a la oscuridad. La nave central posee una luz tenue y matizada que resalta la tectonicidad de paredes y techos. El edificio culmina en la hermosa invención arquitectónica de la torre-presbiterio: un pozo de luz limpiamente clavado en el gálibo de la nave central que, sin recurrir a símbolos ni figuras, otorga al espacio una inequívoca dimensión sagrada.

Esta experiencia se produce de un modo inesperado para quien contempla la iglesia desde la amable y tranquila plaza de Durazno. El edificio presenta a la plaza una convencional fachada historicista como la de tantas otras iglesias repartidas por el orbe católico. En realidad, esa fachada junto con el campanario y el atrio es cuanto resta de la antigua iglesia, devastada por un incendio en 1967. La intervención de Dieste, de la que apenas se perciben indicios externos, se centra sobre todo en la construcción del espacio interior. En el incendio ardieron las cerchas de madera que sostenían la cubierta, ocasionando el hundimiento de la nave central y provocando graves daños en las laterales. Dieste recibió entonces el encargo de reparar lo dañado y reconstruir las partes arruinadas. Tras

Iglesia de San Pedro en Durazno, 1971.
Proyecto de Eladio dieste en colaboración con el arquitecto Castro y el ingeniero Romero

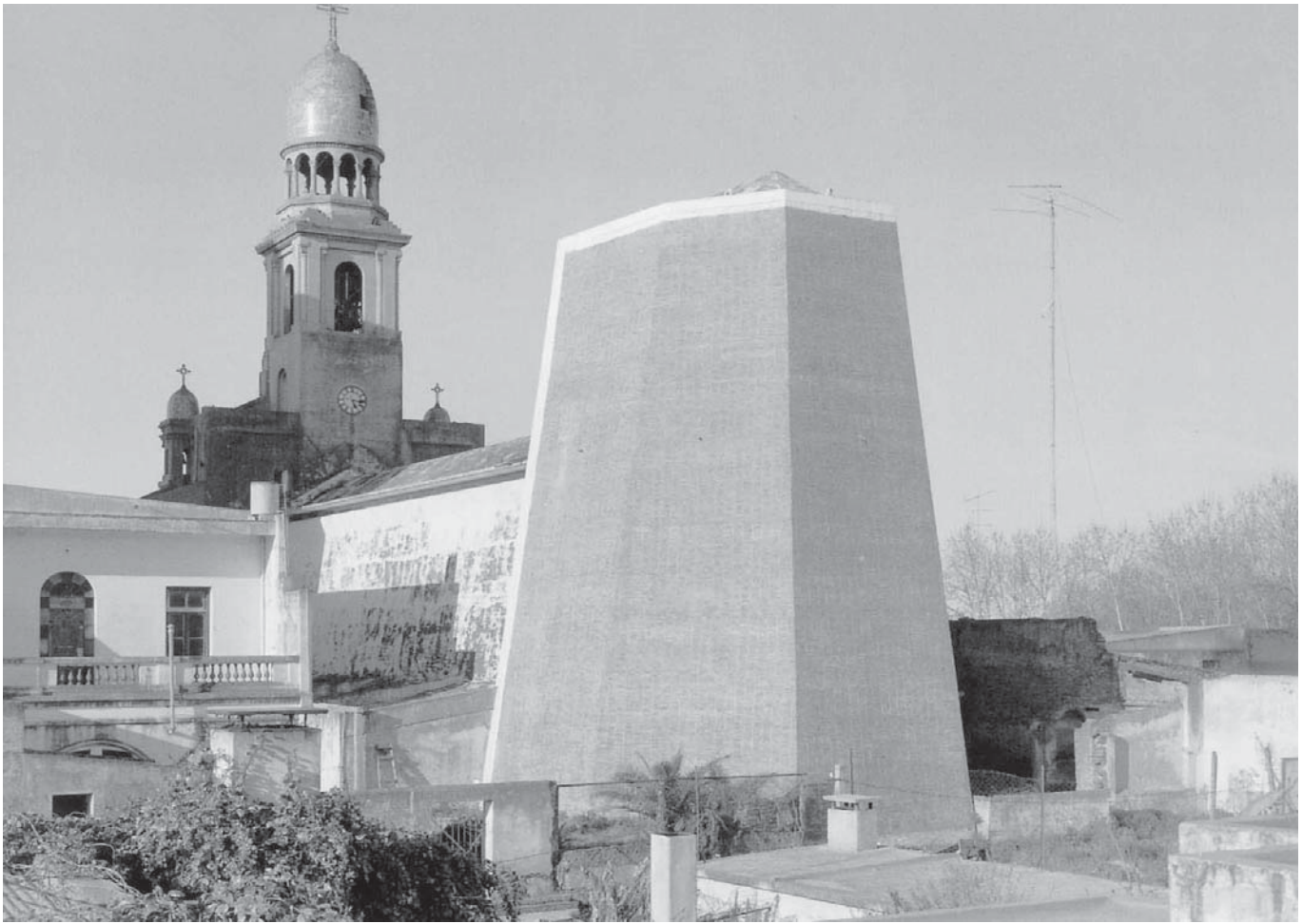
1. El claristorio, el rosetón y las dos ranuras luminosas
2. Axonometría con la nave seccionada
3. La nave y la torre-presbiterio vistas desde el antiguo campanario





4

60



5

analizar el problema propuso conservar tan sólo la fachada y la cruja del pórtico de entrada, que habían quedado prácticamente indemnes, y construir el resto de nueva planta.

En la reconstrucción, Dieste se impuso seguir el plan basilical de la antigua iglesia, pero, fiel al propósito de otras obras suyas, trató de desembarazar el espacio interior de todos aquellos elementos estructurales que pudiesen obstaculizar una visión total y unitaria del mismo. De este modo, las naves laterales se abren a la central mediante una gran boca desprovista de apoyos intermedios. Para lograrlo, Dieste hace trabajar las paredes laterales de la nave central como jácenas de gran canto que salvan 32 metros de luz, exactamente la distancia que separa el muro posterior del atrio, del pórtico de hormigón armado dispuesto en torno a la boca del presbiterio.

Dieste describe la iglesia de Durazno como un sistema simple formado por tres láminas plegadas: dos corresponden a las paredes unidas por el techo de la nave lateral, y la tercera a los dos faldoles de la cubierta que se prolongan en dos aleros horizontales.

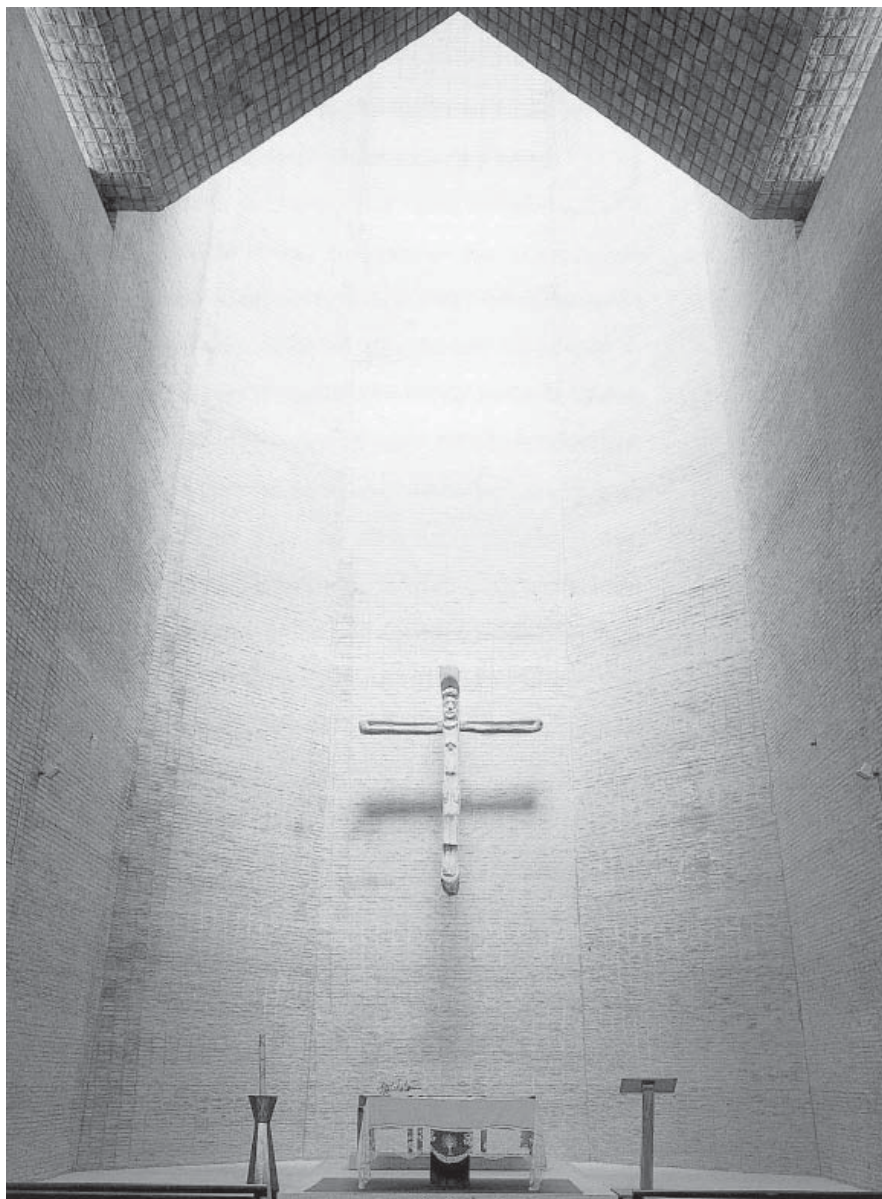
El esquema estructural es de una gran claridad. Sin embargo, la técnica constructiva empleada es bastante mixta. Por ejemplo, para techar las naves laterales, Dieste emplea vigas de hormigón armado cuyo canto se manifiesta sólo en el extradós. Estas vigas se apoyan en los muros laterales de la antigua iglesia, que quedan forrados en su cara interior con paredes inclinadas de ladrillo de 12 cm. La losa de cubierta, por su parte, aunque aparenta estar despegada de las paredes de la nave central, se apoya en ellas mediante una serie de pilarcitos metálicos.

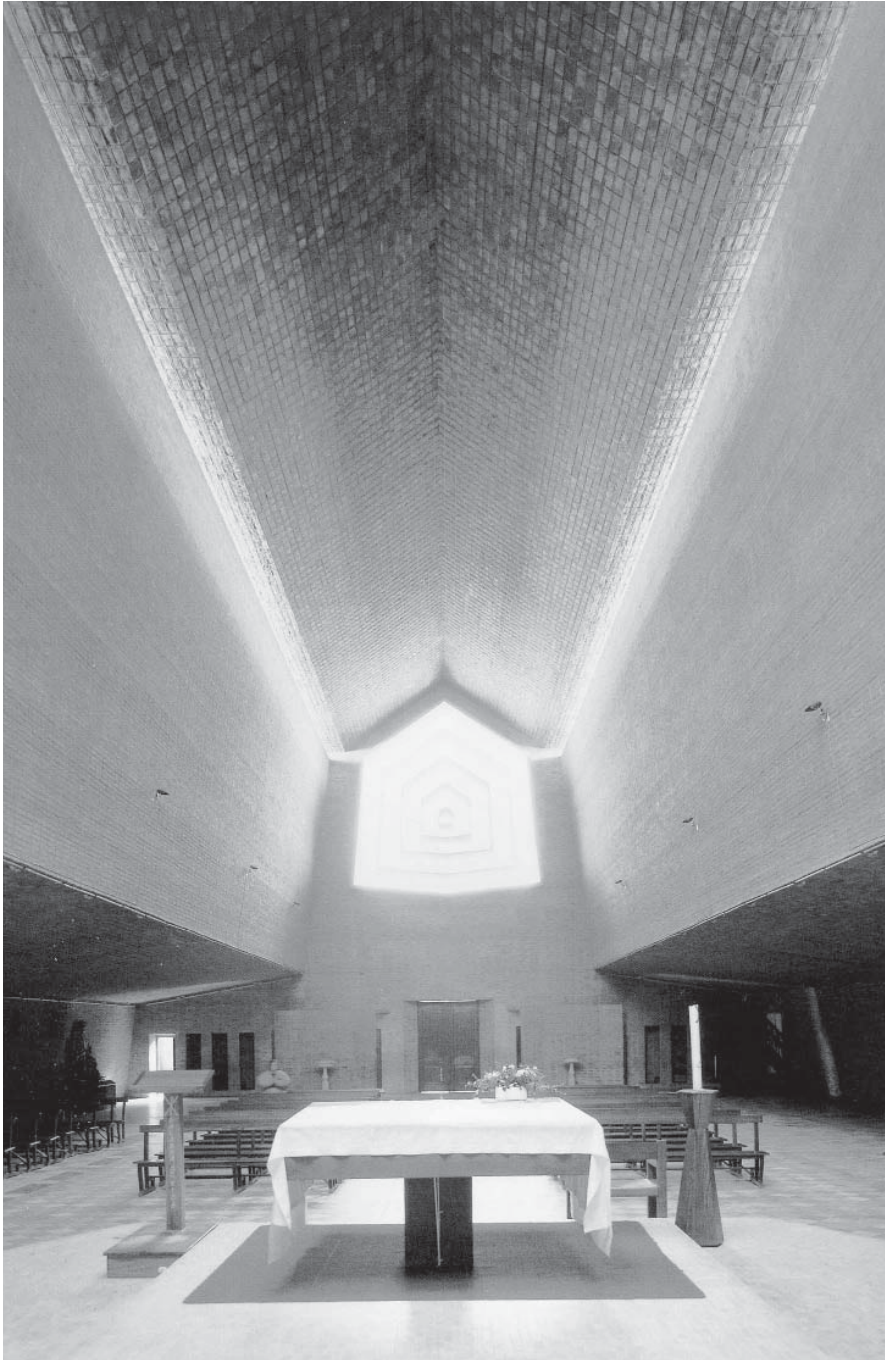
La torre del presbiterio, de forma troncopiramidal, está constituida por dos láminas poligonales de ladrillo separadas entre sí, que encierran una cámara de aire. Los paramentos laterales de dicha

4. Secciones longitudinal y transversal y plan

5. Vista posterior. En primer término, la torre del presbiterio

6. Vista interior del presbiterio





torre forman con el plano del suelo un ángulo de 80 grados. Esta inclinación se extiende al resto del edificio. De este modo, las paredes laterales de la nave central se funden con las del presbiterio sin solución de continuidad.

Ese preciso vínculo geométrico y tectónico que se establece entre nave y presbiterio es una de las claves del profundo sentimiento de unidad que se desprende del edificio. La inclinación de las paredes interiores acentúa el efecto de la perspectiva, de manera que el espacio parece más alto y profundo de cuanto es en realidad.

Dieste pretende alcanzar la monumentalidad sin recurrir a las grandes dimensiones. (La anchura total del templo es de 25 metros y la nave central no supera en su cúspide los 15 metros de altura). Para lograrlo trata de despojar la forma arquitectónica de todo elemento accesorio o prescindible. La austeridad es para él tanto una elección estética como una exigencia ética.

Al hablar de Durazno se menciona siempre, y con razón, el prodigioso rosetón construido con cinco finos diafragmas concéntricos de ladrillo que parecen flotar en un campo luminoso, sin que resulte claro el modo en que se sostienen. Sabemos, sin embargo, que están sujetos entre sí por medio de una serie de tensores radiales casi imperceptibles que atraviesan los diversos diafragmas, manteniéndolos en pie. Una vez más, vemos a Eladio Dieste actuar no sólo como ingeniero sino también como mago. Pero esta condición mágica que en el rosetón se muestra con evidencia, impregna también, aunque de un modo más sutil, el resto del edificio.

Dieste, fiel a la etimología del templo (*templum, tempus*), concibe en Durazno un artefacto que, más allá de sus tres dimensiones, es capaz de recrear la dimensión temporal, provocando así una alteración en el sentimiento del espacio.

mundo, el templo escenifica una ruptura de la homogeneidad del tiempo profano y alude al mito del tiempo suspendido o del presente eterno. En esa capacidad de la arquitectura para redefinir los pliegues del tiempo encuentra Dieste una clara analogía con la música. *La arquitectura*, dice en una entrevista, *es la música del espacio*. Si esto es así, cabría aventurar entonces que la iglesia de Durazno, por su nítida articulación, sus calibrados ritmos y su tersa estructura, es algo así como una versión en ladrillo de una *partita* de Johann Sebastian Bach.



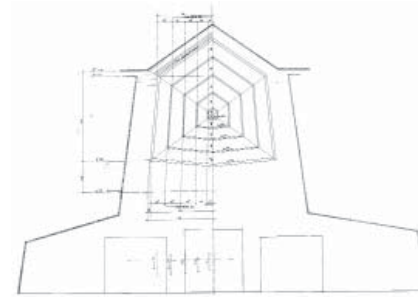
8

7. Vista de la nave central desde el altar

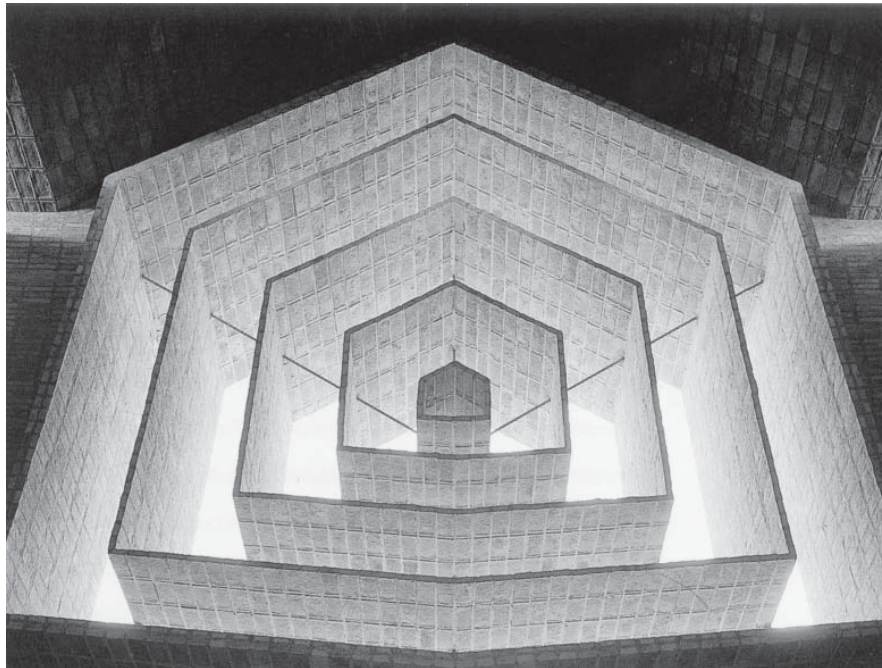
8. La crujía del atrio. A la izquierda, la fachada de la antigua iglesia, a la derecha trasdós del nuevo rosetón

9. Alzado del rosetón con el replanteo

10. Vista interior del rosetón de cerámica armada



9



10